Comunicando el Evangelio

33 ideas para que la gente no abandone las iglesias

Arturo Gómez Quijano

Prólogo de Yago de la Cierva

EUNSA

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S.A.
PAMPLONA

PRÓLOGO

«Las homilías son un desastre. Nos dan una buena lección de filosofía, de 40, 50 minutos, pero la conexión con mi vida es cero. Me dejan el corazón frío y la cabeza caliente. Cuando 8 o 10 minutos bastarían para llevarse algo a casa».

Este juicio perentorio no viene de un anticlerical frustrado por tener que llevar a misa los domingos a sus hijos porque se casó con una mujer piadosa, cuando preferiría estar jugando a golf con sus amigotes. No. Viene del papa Francisco. ¡Del mismo Romano Pontífice! Y no lo dijo solo una vez, sino que lo repetía con ocasión y sin ella, y hasta le dedicó un capítulo entero de uno de sus documentos principales. ¿Impacto? Díganme ustedes. Como si oyeran llover.

Agradezco enormemente este libro de Arturo, que indica modos concretos para mejorar las homilías y, en general, cómo comunicar mejor el Evangelio. Me siento en deuda con él por haber dedicado un montón de horas

a escribir estas páginas, condensando su experiencia de enseñar a comunicar mejor a futuros periodistas en las aulas de la Complutense, y de hacer lo mismo con profesionales que mejoran sus habilidades directivas en las aulas del IESE. Porque la Iglesia tiene mucho que aprender del mundo, del mismo modo que el mundo tiene mucho que aprender de la Iglesia.

Hace unos años diseñé para la fundación Carmen de Noriega una encuesta para tomar el pulso de las homilías en Madrid. Se trata de una fundación familiar, creada precisamente para ayudar a la Iglesia en sus necesidades… comunicativas (una interpretación del quinto mandamiento de la Iglesia que me encanta. Si el Papa conociera a su presidenta, la nombraría *cardenala*, que ya va siendo hora).

Para abordar la cuestión con seriedad contratamos una de las mejores empresas de sondeos de opinión (de los que aciertan, no como el CIS de Tezanos). Narciso, su director, es católico convencido, se identificó y entusiasmó con el proyecto, y nos hizo un buen precio.

Los resultados nos dejaron boquiabiertos. A la pregunta, «¿qué es lo más importante en la misa dominical?», las respuestas fueron contundentes: la consagración, la comunión, la lectura de la Palabra de Dios, el ofertorio, la adoración en familia… La homilía estaba en la cola. Mi interpretación: vamos a misa por lo importante.

Sin embargo, la luz vino con las respuestas a la siguiente pregunta, «¿cómo decide a qué misa ir los domin-

gos?». La mayoría no eligió la opción «en mi parroquia», que sin duda es la más teológicamente fundada y la más correcta desde el punto de vista canónico. Tampoco se pronunció por la solución más comodona («la más cercana a mi casa»), sino que se volcó con la tercera: «donde la homilía me inspira».

Vamos a la iglesia que toque para bodas, bautizos y funerales, porque no nos queda más remedio. Pero cuando tenemos opción, vamos donde haya que ir, aunque implique conducir kilómetros y soportar a los niños pegándose en el asiento de atrás. Cualquier cosa antes que deprimirnos. Y mira que el párroco es majo, pero… lo siento, no conecto. Si fuera por las homilías, me haría luterano. (De acuerdo, estoy exagerando. Pero se reconocen, ¿verdad?).

Fue para mí una lección de sentido común, de lo que los teólogos tradicionales llaman «sensus fidei», y lo que Francisco llama «la teología del pueblo de Dios», a la que atribuye un valor de primer orden. Su sentido de lo concreto nos pone en la pista de las prioridades de esta «Iglesia en salida» en todos los aspectos de la vida eclesial: la pastoral, la liturgia, la catequesis, la arquitectura y el arte.

Del libro de Arturo me gusta todo: su estilo ameno y directo, sus historias elocuentes, el espíritu práctico de sus recomendaciones, su concisión… A un prologuista se le pide que aporte algo, y la verdad no es fácil sin arruinar el original. Además, el número 33 es tan simbólico, que no me gustaría estropearlo.

Pero como Arturo me ha insistido, lo intentaré. Si me preguntara mi párroco, «¿qué debería hacer para mejorar mis homilías?», le diría lo siguiente: si quiere que el impacto de su homilía dure de domingo a domingo, deme un punto concreto en el que mejorar esta semana, y dígamelo con tanta gracia que me acuerde.

Si me hablan de fraternidad humana y yo no salgo decidido a ser el mejor de los cuñados en los próximos siete días, en lugar de espolearme para ser mejor me dedicaré a pensar, durante el sermón, ¡qué aburrido es este cura!

Aderécemelo con algo interesante y curioso que no sepa, y entre medias hágame sonreir, y *voilá!*: me habrá ganado para la causa.

Ojalá que *Comunicando el Evangelio*, un librito por su extensión y un librazo por su utilidad, llegue a todos a los que puede ayudar: que el papa se lo regale a sus cardenales, los obispos a sus seminaristas, los fieles a sus párrocos, las religiosas a sus capellanes, los soldados a sus castrenses, los sacerdotes a sus obispos, y así todo. Si así fuera, de aquí a un año habremos presenciado la mayor revolución en nuestra Iglesia. Así que, usted que tiene este libro entre sus manos, pregúntese en qué grupo está y a quién debería empezar a pensar en regalárselo…

Yago de la Cierva
Profesor de comunicación – IESE Business School
Aravaca, 3 de abril de 2023

INTRODUCCIÓN

Tres de las personas que me transmitieron la fe: Fina (izqda.), mi madre; Mucha (centro), mi abuela; y mi tío Rafael (dcha.), quien celebró mi Primera Comunión y la de mi primo Manolo (dcha.), en la iglesia de la Venerable Orden Tercera en Ferrol (España). 7 de julio de 1968.

© Familia Gómez Quijano

Desde el último banco

«Lo que os digo al oído, pregonadlo desde la azotea».
(Mt 10,27)

Cuando cumplí dieciséis años me planteé en serio mi fe. Necesitaba hacer algo. Tenía la urgencia de la juventud, que te llama a entregarte, a hacer cosas, a cambiar el mundo. Desde entonces he pasado por distintas etapas, alejándome y acercándome de la Iglesia. En varias ocasiones, me he sentido muy identificado con el *tonto* del hijo pródigo, yendo muy lejos, dilapidando mi herencia, pero también volviendo siempre al Padre. Con el otro hijo *tonto* no me he visto reflejado. Aunque… ¡quién sabe!

Hoy estoy dentro de la Iglesia, pero me siento en el último banco. Muy cerca de la puerta, de la calle, de la sociedad alejada de Dios en la que vivo. Mi trabajo, en la universidad pública y en escuelas privadas, me permite conocer de primera mano la realidad social. Disfruto trabajando ahí, ayudando a desarrollar jóvenes, europeos y americanos, que están empezando su vida adulta. Es muy gratificante compartir con ellos estos primeros años. Cuando les hablas de valores, dejan las cosas que les distraen y empiezan a conectar. Resuena siempre en mi cabeza aquel «como ovejas sin pastor» (Mt 9,36). Nuestra sociedad necesita, hoy más que nunca, una potente comunicación del Evangelio.

Como cuando tenía dieciséis años, me he vuelto a plantear en serio qué podía hacer yo para cumplir con la misión encomendada. Entonces, apareció este libro. No me parecía suficiente que, en mi vida y en mi trabajo, se transmitieran esos valores. Tenía que dar un paso más. He sentido la urgencia de un mundo que hay que transformar ya. Está ahí fuera, junto a la puerta de la Iglesia. Es necesario subir a las azoteas, salir a las plazas, invitar a todo el mundo a conocer el Reino. Cuando pienso en la misión que a los seguidores de Cristo se nos ha encomendado, me doy cuenta de que es —en su esencia fundamental— comunicación.

La Iglesia ha sido, hasta hace muy poco, la gran maestra de la comunicación. Ha utilizado todas las artes, mayores y menores, todas las técnicas, todos los avances. Ha llevado al extremo, de manera ejemplar, el clásico aserto: *todo comunica*. La unidad de mensaje, en distintos lugares, momentos y personas, ha sido clave. El Evangelio ha llegado a todo el planeta.

Hoy, desgraciadamente, ya no es así. La comunicación, con algunas excepciones, es muy deficiente. El mensaje ya no llega, no se adoptan las nuevas tecnologías, las técnicas no se aplican de manera profesional. Por lo tanto, la misión ya no se cumple, las personas abandonan. En un momento en el que los problemas son enormes, en el que hay más necesidad que nunca del Evangelio, la Palabra no llega. O no llega en las condiciones necesarias para que, quienes la escuchan, la hagan suya.

He decidido que parte de lo que yo puedo hacer por la misión es ayudar compartiendo lo que sé de comunicación con quienes tienen la responsabilidad de guiarnos y se han comprometido con la difusión de la fe. Aquí encontrará algunas de las claves de comunicación que a mí me han servido. Quizá en algún momento le parezcan muy *marketinianas*, pero créame, funcionan. Estas ideas buscan su reflexión y acción personal. Léalas desde la humildad. Pero no son verdades de fe. Son discutibles. Siéntase libre de disentir. Quizá usted discrepe, o no le guste ni mi tono, ni mis ejemplos. No se puede gustar a todo el mundo. Pero si queremos ser más eficaces en la misión que nos ha sido encomendada, tenemos que cambiar. Nuestras iglesias, incluso en pandemia, se están vaciando. Los datos son alarmantes. En pocos años, la fe se va desplomando. Tenemos que hacer algo. Es necesario y es urgente.

Mejorando nuestra comunicación del Evangelio, mejorará la vida de las personas que nos rodean. Sabemos que el mensaje es imbatible. Llevémoslo a nuestros paisanos. A partir de ahí, ya no será nuestra responsabilidad. Confiemos en el Espíritu. Cada uno debe hacer su trabajo. Creo que el mío es ayudar, en este momento, con este libro. Aquí le dejo 33 ideas sobre cómo mejorar la comunicación del Evangelio. Desde la última fila. Desde el último banco.

Arturo Gómez Quijano
Pozuelo de Alarcón, 25 de abril de 2023